

Capítulo 26 - La Tierra de Caminos Rotos

- [Capítulo 26 - La Tierra de Caminos Rotos](#)

Capítulo 26 - La Tierra de Caminos Rotos

Partir, resultó ser, no fue algo sencillo. La gente de la tribu había salido mayormente ilesa, pero sus hogares habían quedado destrozados, y se requería una enorme cantidad de trabajo para que la fortaleza volviera a ser habitable. Todos estaban fríos, todo estaba mojado y desordenado, y aún se esperaba la llegada de la noche a la hora habitual.

Las tres personas que habían sido capturadas y fusionadas permanecían como las únicas muertas, según pudieron determinar Dirt y Socks, pero decenas de otros habían resultado heridos de alguna forma, con lesiones que iban desde raspaduras hasta huesos rotos.

En resumen, había más trabajo que humanos sanos para realizarlo, así que Dirt acudió a la primera oportunidad que vio para ayudar. Una familia cercana trataba de volver a montar su tienda, una pareja de mediana edad con dos niños mayores que Biandina. Dirt tomó la cuarta esquina y la levantó. Una vez que la lograron levantar, la madre entró de inmediato. Gritó con desaliento y exclamó: “¡El poste está roto!”

Los demás fruncieron el ceño o miraron al suelo. El hombre preguntó: “¿Qué tan roto está?”

Dirt dejó su esquina flaquear y se acercó a la entrada para observar. La barra central que soportaba la mayor parte del peso de la tienda estaba en pedazos, y no solo por las cuerdas de cuero que se habían soltado. Dirt dedujo que había sido pisada después de caer, aplastando uno de los huesos más grandes en fragmentos afilados. Era reparable, pero el techo de la tienda sería unos centímetros más corto, al menos, como resultado, y no era muy alto para empezar.

“¿Tienes algo de madera por aquí?” preguntó con inocencia.

La mujer le lanzó una mirada de medio lado, y el hombre la imitó casi a la perfección. El más pequeño de sus dos hijos dijo: “Si tuviéramos suficiente madera, no estaríamos usando huesos para todo, ¿verdad?” La ironía en su voz era inconfundible, surgida del resentimiento.

“No, quiero decir, cualquier madera. Aunque sea un poquito,” dijo Dirt.

Dirt vio una cuchara de madera, vieja y desgastada, junto a la tienda de al lado, que otro par de personas estaban intentando volver a montar. Se acercó y la tomó, luego la sostuvo en alto. Inhalando una nueva porción de mana, pronunció el hechizo para darle forma. En sus manos, se enderezó, creció hasta tener el grosor de un puño para que fuera resistente, y luego comenzó a extenderse en ambas direcciones. “¿Qué tan larga la quieres?” preguntó.

El sarcasmo del joven desapareció en un instante, y lanzó un silbido bajo, impresionado, con ojos ansiosos. La madre salió de la tienda que se hundía y se quedó quieta al ver lo que llevaba Dirt.

“¿Larga así? ¿O la quieres más alta?” preguntó Dirt por segunda vez. Parecía tan alta como la rota, y seguramente sería más resistente.

“Más alta. ¿Cómo hiciste eso?” preguntó el hombre, intentando actuar con menos emoción de la que en realidad sentía.

“Fui criado por árboles y lobos. En realidad, tú allá, ¿quieres uno también?” dijo Dirt, apuntando a la próxima familia. Cuando asintieron afirmativamente, extendió la vara lo suficiente para que la usaran dos personas, y luego la partió por la mitad. La sección superior resonó con un golpe fuerte en el suelo de piedra.

El segundo hijo, más alto que el primero, intentó recogerlo pero no esperaba su peso y se le escapó de las manos. “Es real,” dijo, algo avergonzado. La segunda vez que lo levantó, usó ambas manos.

—¿Entonces, esta es la medida correcta, verdad? —preguntó Dirt, sosteniendo su vara en posición vertical.

—Sí —respondió un padre—. Está bien. —dijo el otro—. Está perfecto.

—¿Todos querrán una así de alta?

Uno de los muchachos comentó: —Si alguien desea una más baja, puede cortarla. Un poco de madera extra—

—Sí, podemos cortarla más corta y usar la sobra para otras cosas —interrumpió el hermano.

Ninguno de los hermanos parecía molesto, así que Dirt asumió que hablar uno sobre otro era algo normal para ellos. Asintió y volvió a canalizar mana, pero esta vez, en lugar de hacer crecer la longitud adicional en la punta, hizo que creciera lateralmente y luego la dividió a lo largo. La tercera vara fue atrapada antes de tocar el suelo. Dirt repitió el proceso varias veces, y pronto la noticia comenzó a correr.

Resultó que la madera era más valiosa para ellos que cualquier cosa que él hubiera ofrecido antes. Quizás si pudiera producir savia o esas bayas energizantes, tal vez las quisieran en su lugar, pero no podía. Tras reiteradas seguridades de que Dirt podía fabricar suficiente para que todos tuvieran uno, formaron una fila y Dirt aprendió, por experiencia directa, que doscientos era muchas veces hacer algo.

Las primeras partes de madera fueron triviales, pero después de unos treinta, empezó a distraerse, lo cual dificultaba el trabajo. Tras otros cincuenta, su vaso de mana parecía comprimirse y no podía recopilar tanta energía de una sola vez, lo que lo ralentizaba. Pero no podía detenerse, no hasta que todos tuvieran lo que necesitaban. ¿De dónde más iban a conseguirlo? Y él les debía.

Las personas estaban en fila con brazos rotos apresuradamente sujetos con cabestrillos, o con vendajes que goteaban sobre heridas que Socks aún no había descubierto. Vecinos esperaban con sus amigos heridos y los ayudaban a llevarlos, asegurándose de que todos tuvieran oportunidad.

No todas las estacas servían para sostener tiendas. Algunas personas vivían en chozas hechas con ladrillos apilados, cubiertas con pieles, y no todas las estacas de las tiendas estaban rotas. Muchos de los nuevos postes de Dirt estaban almacenados afuera, apoyados contra algo para su uso posterior.

Mientras Dirt atendía eso, Socks recogía la carne caída del monstruo y la quemaba en el aire, luego escaldaba la sangre del piedra cuando veía que la gente intentaba limpiarla. Todo lo que su sangre tocaba debía quemarse, y una de las cosas que distraían a Dirt era ver a Socks ser llevado a varios lugares para recoger algo con su mente y prenderle fuego en llamas ardientes, en lo alto del cielo.

La limpieza tomó menos tiempo del que Dirt pensaba. Estaba seguro de que sería un trabajo de varios días, pero la mayor parte solo requería recoger y devolver en su lugar lo que había sido derramado o roto. Las cosas derramadas se limpiaban con trapos o se barrían, y todo aquello que estaba desgarrado o roto se reutilizaba o se tiraba en un montón de basura cerca de la puerta principal.

Biandina vino con su madre y el hermano mayor, Antelmu, al final de la fila para recoger su estaca. La niña llevaba una camiseta nueva, holgada, seguramente de su madre. Su rostro había sido lavado para eliminar la saliva seca de Socks y su cabello arreglado, y ahora lucía mucho más presentable. Sin embargo, no podía pasar por alto cómo su hombro se hundía y la manga colgaba inútilmente.

Antelmu caminaba erguido detrás de ella, casi flotando con una actitud protectora, sus ojos oscuros agudos y feroces. Parecía desafiar a cualquiera a insultar a su hermana.

La madre dijo, «Hablamos ayer sobre el trueque. Hazme tres postes así, y te daré ropa que te quede bien.» Tenía la misma expresión dura de siempre, quizás aún más ahora que el regreso de Biandina había traído consigo un desastre. Le echó una mirada desaprobatoria a Dirt, cuyo pantalón roto dejaba al descubierto su trasero. No estaba seguro si era por estar expuesto o por dañar algo que estaba tomando prestado.

—¿Para qué vas a usar los postes? —preguntó Dirt.

—Eso no es asunto tuyo. Biandina partirá al anochecer y supongo que querrás acompañarla —dijo la madre.

—Lo pregunto porque puedo hacer que tengan cualquier forma que quiera —dijo Dirt, empezando a indignarse.

—Los tallaremos según sea necesario. Todavía no sé exactamente qué quiero —replicó ella, con los brazos cruzados y una mirada severa que lo fulminaba.

—Aún no le he dicho esto a Biandina, pero voy a llevarla a un lugar donde estará segura. ¿Conoces ese bosque del que te hablé antes, de donde yo vengo? Es un sitio al que el Ojo no se atreve a ofender. Ella estará segura y feliz allí. Habrá gente que conocer, tanto humanos como árboles. Urdas —dijo Dirt.

La mirada de la madre no se suavizó, aunque parte de la tensión en su postura disminuyó. Dirt quizás no lo habría notado si no fuera por su experiencia observando las sutiles señales corporales de Socks. Continuó: —Los árboles allí son tan altos que las nubes tienen que rodearlos y nunca llueve. Por todas partes hay ruinas de un antiguo imperio que construyó este puesto avanzado, hace mucho tiempo. Incluso hay una biblioteca entera para leer. No hace ni mucho frío ni mucho calor, y los árboles te dan comida, agua e incluso ropa si la quieres.

El niño, Antelmu, se acercó para escuchar mejor. Aunque casi tenía trece años, todavía era muy joven para ocultar lo que pensaba. Toda esa ferocidad en su actitud estaba siendo reemplazada por curiosidad. Su mente giraba con cada palabra, imaginando todo aquello.

—A veces vienen lobos como Socks, y tienen que comportarse bien porque los árboles son demasiado poderosos para ofender —dijo Dirt. —Así fue como conocí a Socks. Él simplemente caminaba por ahí y me encontró. Pero eso no es todo. También habrá humanos, empezando por Marina. Los árboles curaron su vientre para que busque pareja, y luego vivirá en el bosque un tiempo para tener a sus crías. Pero si quieres ver algo más que un bosque, los árboles pueden enviarte a Ogena.

—¿Qué es Ogena? —preguntó Biandina.

Dirt había estado hablando principalmente con la madre, intentando conquistarla un poco, pero ahora miró con disculpa a Biandina, cuyo destino estaban discutiendo: —Lo mencioné antes, y Socks también. Es una ciudad tan grandiosa que hace que esta fortaleza quede en vergüenza. ¿Qué, quinientos habitantes en la tribu aquí? Ogena tiene más de tres mil, pero podrían haber muchos más. Tienen metal, piedra y toda la madera que necesitan, y en el centro hay un palacio enorme y hermoso que ni puedo describir. El duque vive allí con su familia, y son mis amigos.

La madre vaciló, pero cambió de peso sobre un pie como pensando qué decir. Finalmente murmuró: —Eso no me importa en absoluto.

—Oh, ya lo sé. Solo te lo digo sin ningún motivo. Biandina estará segura, feliz y saludable, y verá cosas asombrosas. Tal vez incluso vuelva algún día. ¿Quién sabe? Pero en fin. Aquí tienes —Dirt les entregó los postes, pero en ese breve momento algunas personas más se habían unido a la fila, así que tendría que quedarse un rato más.

Ni Biandina ni su madre parecían completamente convencidas, pero Antelmu, sin duda, sí lo estaba. El joven rebotaba de preguntas que quería hacer, pero debía contenerse hasta más tarde.

“Volveré a recoger mi ropa en un momento. Deberías comenzar a empacar si hoy vamos a partir,” afirmó Dirt. Biandina asintió. Su madre no, y entonces se voltearon para partir, mientras Antelmu arrastraba los pies, mirando hacia atrás y golpeando su pértiga contra algo, casi soltándola.

Las últimas personas en la fila no eran los ancianos, y Dirt asumió que no volvería a verlos. No podía culparles por no venir a despedirse.

Primero estaban una pareja unida en matrimonio, luego un muchacho alto y delgado con un mechón oscuro en la barba, y algunos más.

Muy al final de la fila había un hombre que sostenía en brazos a un bebé, y ambos lloraban. El hombre lloraba en silencio, con lágrimas que recorrían su rostro, pero el bebé gritaba con su pequeña, lastimera voz.

La garganta de Dirt se apretó. El hombre parecía estar más triste que cualquier otra persona que hubiera visto, sumido en una desesperación profunda, y el corazón de Dirt se conmovió en empatía. “¿Qué pasa?” preguntó lentamente.

“Mi esposa se ha ido,” dijo el hombre. No intentó esconder su llanto ni recuperar la dignidad; su duelo emanaba de él sin nada que lo cubriera. “La llevó la muerte, y ahora no puedo alimentar a mi hijo. Temo que se muera de hambre.”

“Lo siento. Llegué demasiado tarde,” afirmó Dirt. Sabía exactamente quién era esa mujer. La había visto arrojar a ese mismo bebé a un lugar seguro antes de ser arrastrada hacia su destino fatal. La culpa se adentró en su interior, retorciéndose y clavándose como afiladas garras en su estómago.

“Hoy es un día malvado. Un día malvado, malvado,” dijo el hombre. El bebé gimió más fuerte, y la expresión del hombre se contrajo. Tuvo que cerrar los ojos cuando los sollozos lo estremecieron. Un momento después, los abrió de nuevo y susurró: “Por favor, déme una pértiga, si no le molesta.”

Dirt le entregó la última pértiga, la misma que había usado para fabricar todas las demás. Se esforzó por pensar si había alguna otra forma de ayudar, alguna alternativa. La miel estaba demasiado lejos para que pudieran obtenerla, y Dirt no conocía el hechizo para fabricarla. La gente de aquí tenía suficiente agua y no necesitaban más. El bebé no podía comer carne; ni siquiera tenía dientes. Dirt no poseía oro para ofrecer. No había nada. Absolutamente nada.

El hombre se volvió para marcharse, llevando la pértiga en un brazo y al bebé hambriento en el otro. Dirt miró hacia el suelo y susurros de susurros llenaron sus oídos mientras se alejaban hacia su campamento. El llanto del bebé y el del hombre. Imaginó los últimos momentos de aquella mujer, el valor que mostró. Ella no gritó por ayuda; protegió a su bebé en su lugar.

Dirt había llorado por su pasado olvidado más de una vez, y eso solo eran impresiones y recuerdos desvanecidos. Este hombre poseía un recuerdo auténtico, un rostro real y un nombre cierto, una persona que nunca volvería a tocar. Dirt se sentía insatisfecho si pasaba más de unos días sin acariciar piel de cachorro, entonces ¿cuánto más sería si fuera su pareja, no solo un amigo cercano?

No lloró, pero eso no significaba que no estuviera miserable. Caminaba con rostro de piedra y pálido, incapaz de salir del charco de culpa en el que se hundía. ¿Importaban la esperanza y las buenas intenciones de Dirt para el pequeño bebé que extrañaba a su madre y podía morir de

hambre ahora? No. Solo hambre y pérdida hasta su fin. Eso era todo por lo que el bebé podía esperar.

Las medias le dieron un empujón y le dijeron: —No estés demasiado triste, pequeñuelo, Tierra. Ellos pueden encontrar otra mujer para cuidarlo, o alimentarlo con leche de yegua, o leche de oveja.—

—¿Yacen leche las ovejas?—

—Por supuesto. ¿Qué crees que beben los pequeños?—

—¿Dónde están las ovejas?—

—No cerca. Solo puedo olfatearlas a veces.—

—¿Medias, crees que empeoré las cosas?— preguntó, con la culpa y la empatía torciendo su interior en nudos. Cerró los ojos con fuerza y dejó de caminar.

—Estoy de tu lado, siempre,— dijo Medias, sencillamente.

—¿Es mi culpa que esa mujer falleciera?—

—Estoy de tu lado, siempre.—

—Pero—

—¡Que vengan los acusadores!— exclamó Medias con firmeza. Fijó sus grandes ojos amarillos en Tierra, proyectándole toda la fuerza de su mirada predatoria. Pero solo para fortalecerse, no para intimidar. —Que vengan. Que vengan a acusarte y digan qué han hecho mejor que tú, si quieren juzgarte. Nadie responderá. Les diré que la humanidad solo tiene un enemigo real, y no eres tú. Y solo hay una persona que luchará contra ese enemigo, y esa eres tú.—

—¿Y si esto sigue pasando? ¿Y si sigo provocando que la gente muera o resulte herida?—

—¡Entonces que vengan los acusadores! Que intenten condenarte y veremos qué hago al respecto. Conozco tu corazón, mi pequeño Tierra. No eres una criatura insensible, ni malvada. ¿Y qué nos ordenó nuestro padre?—

—Causar estragos. Labrar la tierra con arados y desviar ríos de su cauce. Dejar campos de huesos tras de ti. Explorar y regresar con experiencia. Pero él te hablaba a ti, no a mí.—

—Soy su hijo, pero él hablaba con nosotros, o de otra forma no hubieras escuchado, porque no nos ordenó ser tímidos y cautelosos. No estés triste ni asustado, ni te rindas.—

—No iba a rendirme, solo que...— Tierra se quedó en silencio, sin saber cómo terminar ese pensamiento.

Ya estaban levantando algunas redes del techo con poleas y cuerdas. La mayor parte de la malla aún requería reparaciones, pero parecía que volverían a colocarla más rápido de lo que Tierra esperaba.

—Estoy de tu lado, tontito Tierra. Siempre,— repitió Medias. —Y quizás te equivocaste, pero no creo que estuvieras equivocado.—

Tierra interpretó esas palabras de la forma que estaban destinadas, y permitió que le sirvieran de ayuda. Se enderezó un poco y le dio unas palmadas en la nariz al cachorro, enviándole un fuerte impulso de cariño, que el cachorro le devolvió. Tras tomar varias respiraciones profundas, Medias le lamió de nuevo y él se sintió mucho mejor.

Caminaban entre el desorden, y Tierra saludó con la mano a las personas que reconocía, o que le saludaban primero. No quedaba lejos de la tienda familiar de Biandina, y con tantas pequeñas manos ayudando, todo ya estaba arreglado. Tierra entró y encontró al padre cocinando pan plano en una pequeña cacerola de cobre. Tenían una cesta apretada con carne seca y fruta para poner en el pan, y tres de los niños ya estaban felizmente mordisqueando su comida. La madre aún estaba acomodándose, revisando unas bolsas de lana en busca de cosas que Biandina pudiera llevar.

Tierra se sentó, sin desear presumir que iba a obtener algo, pero con sorpresa, el padre le entregó el siguiente. Se levantó y aceptó, colocando con educación una pequeña cantidad de los ingredientes, y se volvió para volver a sentarse. Miliu y Oraziu, los dos pequeños, rieron cuando notaron sus pantalones rotos, y luego varios de los otros niños se acercaron a mirar.

Después de volver a sentarse, Dirt reflexionó acerca del carbón que estaban usando para el fuego, ya que tenían muy poca madera. “¿De dónde sacan el carbón?” preguntó.

Gnaziu, el niño apenas mayor que Dirt, respondió: “Lo hacemos a partir de hierba.”

Lavisa, la hermana mayor, sostenía al bebé para liberar los brazos de su madre. Dijo: “Lo cocinamos, luego añadimos agua y almidón y lo moldeamos en esa forma. Después simplemente lo dejamos secar.”

“¿De hierba? ¿De verdad?” preguntó Dirt. Eso no parecía correcto, pero ¿qué sabía él? Estaba justo allí delante de él.

La madre dijo: “¿Por qué no les cuentas a todos lo que me diste a entender, sobre a dónde la llevas?” Había una ternura suave debajo de la frialdad en sus ojos, que antes no estaba allí, y Dirt sintió una chispa de alegría, quizás había logrado ofrecerle una pequeña esperanza.

Se recostó y relató todo, entrando en más detalles. Algunos ya los habían visto en la visión de Socks, pero había cosas que Dirt solo había mencionado y no explicado. Y, de cualquier manera, esta vez, Dirt colocó a Biandina allí, y eso hizo que todo fuera como si fuera nuevo otra vez. Los niños escuchaban con asombro, aunque los mayores tenían dificultades en ocultar su pesar por su partida. En particular, la pequeña Eudossia, aferraba la manga vacía de Biandina como si fuera una correa.

Después de contarles todo sobre el bosque y Ogena, Dirt dijo: “Hay una parte más que aún no he compartido con nadie. Socks no la mencionó, y yo tampoco. Ya enfrentamos ese gigante ojo en el cielo antes. Aquí hay una historia que solo unos pocos humanos en el mundo conocen. Primero, déjenme preguntar, ¿alguna vez han oído hablar del nombre Avitus?”

Ninguno de ellos reaccionó al nombre y los padres se miraron entre sí. Dirt se sintió complacido. Quizás su nombre no fuera una maldición en todos los rincones de la tierra. Al menos, todavía no.

“Hace tres mil años, vivió un hombre llamado Avitus. Habitaba en un gran imperio, tan vasto que tomaría meses o incluso más tiempo atravesarlo de un extremo a otro. Esta fortaleza en la que viven solía ser parte de ese imperio. En aquellos tiempos, la gente adoraba a los dioses, y no eran malvados. Los dioses no eran enemigos de los humanos; eran benevolentes y la gente los veneraba con sinceridad. No como ahora, que llaman a esas figuras dioses. Aquella estatua en el Aedes, que ahora llaman la Guerrera Asesina, antes era Melodia, la Mistress of Song, y no lucía así.

“Pero Avitus hizo algo, y eso rompió el mundo. Los dioses desaparecieron, el imperio se desintegró, y durante tres mil años todo ha ido empeorando, reduciéndose. Nuevos reinos surgieron de las ruinas del imperio, y luego también se fragmentaron, y se dividieron en aún más pequeños, hasta que casi nada quedó. Y la causa de todo ello fue el Ojo. Quiere destruir a todos los humanos para siempre. He visto mucho más del mundo que casi cualquiera, y ahora está en su mayor parte vacío. Ciudadelas en ruinas, si es que algo quedó en pie. El Ojo trabaja lentamente la mayor parte del tiempo, desmenuzando, desgastando. Nadie sabe qué hacer al respecto, porque ¿para qué arriesgarse uno mismo a cambiar las cosas, cuando la vida ya es dura?”

Esa fue la parte que captó toda su atención. Se quedaron inmóviles por instinto, para no hacer ningún sonido. El bebé se agitaba en los brazos de Lavisia, y ella le dio un dedo para que chidara, manteniéndola en silencio.

La tierra continuó, “No he estado aquí lo suficiente para saber qué significa eso para ustedes, pero ¿qué tal si todos se unieran y cazaran a cada última rucá? Quizá en ocasiones desean hacerlo, pero el riesgo es demasiado grande, y por eso no lo hacen, y ellas siguen devorando a su gente. Pero no todos los humanos son así. Una mujer llamada Marina emprendió un largo viaje para salvar a su tribu, un viaje peligroso. Ella logró su propósito y convenció al duque de que debía luchar contra este mundo que se desmorona, aunque siempre sea peligroso.”

“El duque de Ogena y su gente enfrentaron a todo un ejército de duendes, que llevaban armaduras de metal y cabalgaban caballos que resonaban como una tormenta. Salieron con nosotros cuando Socks y yo fuimos a luchar, y juntos derrotamos y dispersamos a toda la hueste. Entonces apareció el Ojo, y Socks y yo luchamos contra él y lo vencimos allí, igual que aquí”, explicó Dirt.

Antelmu preguntó, primero en susurro, pero luego más alto al darse cuenta de que hablaba en voz alta, “¿Los humanos pueden enfrentarse a esas cosas? ¿Cómo? ¿Algunos son tan fuertes como tú?”

“Bueno, no como yo”, respondió Dirt, “al menos no que yo conozca. Pero pueden ser muy valientes y fuertes, y si nadie está dispuesto a hacer eso, todos acabarán por extinguirse. Esto va a suceder. Por eso quiero llevar a Biandina conmigo y presentarla a Marina y a los demás. Quizá lo que hizo fue muy tonto, pero lo importante es que ella estuvo dispuesta a actuar. Se atrevió.”

“Yo no sabía que sacrificarse fuera algo, pero sí disparé contra la rucca con mi arco”, dijo Antelmu, algo renuente. “Y lo haré cada vez que vea una. Ella no es la única que tiene valor.”

“Muy bien. Entonces, quizás esta tribu tenga un futuro después de todo”, comentó Dirt.

El Babbu, con cierta torpeza, cambió de tema y preguntó acerca de la vestimenta que usaban en Ogena, y más detalles sobre cómo eran las dríadas. Dirt se mostró dispuesto a responder todas sus preguntas. Ya había dicho todo lo que había que decir.

Luego, Dirt recibió ropa en mejor estado de conservación, aunque le quedaba un poco suelta. Era la misma lana y piel que usaban cuando salían del fuerte, pesada y gruesa, mucho mejor de lo que imaginaba. Quizá era de Gnaziu, pero Dirt no pensaba quejarse si estaban siendo generosos. Se cambió a la nueva vestimenta y notó de inmediato cuánto más cálida era. Incluso los zapatos eran más abrigados que los que llevaba antes.

Eso fue prácticamente todo. Era hora de la segunda despedida, la deliberada. Ella había escapado sola antes, pero esta vez Biandina recibió una mochila llena de provisiones que la familia podía ofrecer. Cuando se levantó, la colocó sobre su buen hombro y la ató a su cintura, y los demás niños supieron que era momento y la miraron con tristeza. Uno tras otro, la abrazaron, despeinándola y besándola, susurrándole al oído. Luego llegó el turno de su padre, y también de su madre. Dirt había estado nervioso por eso, pero la fría expresión de la mujer finalmente se quebró y afloró una emoción genuina. Ella escondió sus ojos en el buen hombro de su hija, soltando solo dos sollozos antes de obligarse a detenerse. Se enderezó, con el rostro enrojecido.

Biandina asintió, sollozando, y no pudo mantener su compostura al volverse y empezar a marcharse. Cerró los dientes con fuerza y, desde atrás, solo su pecho temblando por sus sollozos la delataba.

Antelmu no lloró, pero los demás sí, cada vez con mayor fuerza. La tierra dijo: "Realmente creo que ella volverá algún día. Adiós."

Se marcharon, siguiendo su marcha rápida por el pueblo y atravesando la puerta. Socks saltó en lugar de cruzar por la puerta, ya que todavía no habían colocado el techo en ese sitio. Una vez fuera, ella escondió su arrepentimiento, pero Dirt pudo notar que en ella algo parecía más cálido. Había recibido una despedida verdadera esta vez.

Se secó las lágrimas con las mangas, levantó la cabeza con firmeza y colocó su capucha. "Entonces, ¿a dónde vamos ahora? ¿Le molesta a Socks si monto sobre él?"

El cachorro simplemente los levantó a ambos sobre su lomo, con Dirt delante y Biandina detrás, agarrándose con fuerza. Una vez acomodados, salió corriendo.

— Primero, al lugar donde dejamos esa carne de ave para que se congele. Después, visitaremos a los lobos. Quiero verlos a continuación —dijo Socks a ambos.

Eso fue todo lo que dijeron durante bastante tiempo. Dirt dejó a Biandina a solas con sus pensamientos, aunque con todos los otros humanos afuera, sus pensamientos eran tan claros

como un pergamino. Tampoco había mucho que decirle a Socks durante un tiempo.

El día ya estaba por terminar, y lo que quedaba era viento y frío, lo que hizo que Dirt se alegrara de su ropa nueva. Marcó toda la diferencia, y con Biandina acurrucada a él para mantenerse caliente, la última carrera fue mucho más agradable que la anterior. Se acurrucaron dentro de un racimo de nieve en forma de medio círculo, como antes, y tras todo lo ocurrido en un día tan largo, el sueño llegó rápidamente.

Hasta la mitad de la noche, cuando Socks los despertó. Una luz temblaba en la oscuridad, siguiendo su rastro. Un jinete a caballo. No. Se acercó a ellos, y no era hombre.

Antelmu, en su valioso potrillo Boulder, sosteniendo una pequeña linterna de cobre. El muchacho había seguido la pista del lobo, confiando en que su caballo lo llevara rápidamente a través de la oscuridad. Si Dirt y Socks hubieran salido antes en el día, probablemente nunca los habrían encontrado. El niño tenía la cara congelada con mocos y lágrimas por el viento frío, pero parecía resuelto como una piedra.

— Voy a venir —dijo—. Me atrevo también.